

Febrero  
1917

# PACIFICO

## MAGAZINE

PRECIO  
UN PESO



He  
Bro  
A  
Gr

# Recuerdos de medio siglo

El Jeneral Boonen Rivera rectifica los recuerdos del Jeneral Canto

Por \_\_\_\_\_

ARMANDO DONOSO

Con grabados en madera

Al iniciar la serie de nuestras entrevistas que se han dado a la estampa bajo el título común de "Recuerdos de medio siglo", no hemos tenido en vista otro fin que recoger de labios de quienes han vivido los últimos cincuenta años de nuestra historia, testimonios de hechos, personas y cosas que les ha tocado en gracia presenciar, allegando con ello documentos personales para quien mañana haya de trazar muchas páginas de la historia nacional.

Pero, como quiera que algunas noticias que han salido a luz no fuesen del agrado de todos, en más de una ocasión ha respondido a nuestras entrevistas tal o cual persona que se sintió tocada en algún miembro de su familia, o en este o aquel hecho referente a alguno de los suyos. Nosotros guardamos siempre absoluto silencio, pues en dichos entornos no teníamos velas que llevar.

Sin embargo, ello no quiere decir que nos encontráramos dispuestos cada vez a rehuir el bulto mientras se tratase de puntualizar o discutir un hecho que había menester de una aclaración. Siempre hemos estado prontos a ser los primeros en facilitar los medios y ahorrarles a los entrevistados las necesarias molestias de salir ellos a rebatir contradicciones de impugnadores.

Tal nos ha acontecido con la última entrevista que le hicimos al General del Canto en el número de "Pacífico Magazine" del mes de enero del año en curso. Ella ha lastimado más de una memoria y ha hecho llegar hasta nosotros más de una protesta. Y como tales protestas envuelven el sentido no de un gesto airado, sin fundamento, sino de una razón basada en realidades cercanas, fundada en la historia misma, hemos aquí que hayamos sido los primeros en acudir a recoger el testimonio de una palabra para nosotros respetada. Si al fin que nos ha inducido a nuestras entrevistas no es otro que una intención histórica, es lógico que en cualquier caso de los que hemos promovido nos apresuremos a facilitar todo cuanto tienda a aclarar hechos relacionados con nuestras informaciones. De este cruce de opiniones antagónicas brotará la verdad histórica, que mañana ha de ser fruto precioso para el que vaya a documentarse en ella.

En la entrevista que se sirvió concedernos el General del Canto, huelgan apreciaciones y hechos, que veiban dirigidos contra la persona de un distinguido jefe de nuestro ejército, el General don Jorge Boonen Rivera. Y, como quiera que el señor General se apresurase a manifestar su intención de rectificar dichas afirmaciones, nosotros quisimos poner a sus órdenes, inmediatamente, las columnas de "Pacífico Magazine", que ya, en otra ocasión, se habían honrado con una entrevista que él tuviera la bondad de concedernos, a fin de que fuera en sus propias páginas y destinado a sus mismos lectores el eco de sus palabras.

Y allí le encontramos, una vez más, en su sala de trabajo, junto a su biblioteca, entregado de lleno al estudio, mientras revisa libros y libros, refrescando antiguos recuerdos para trazar luego las líneas de un estudio sobre la batalla de Chacabuco, que ha solicitado de su pluma "El Mercurio".

Sus tareas del momento son más intensas que las de antes, cuando en otra ocasión le íbamos a sorprender en el recogimiento de su sala de trabajo. Su estada durante algunos meses en el Ministerio de la Guerra, interrumpió el hilo de sus acostumbradas labores de Inspector General del Ejército, pero aquellos días son pasados y su norma de trabajo de antaño vuelve a ocuparle por entero.

Hojeamos, un instante, un volúmen a medio abrir, que descansa sobre su mesa de trabajo. Son los recuerdos del anciano Ministro Freycinet, que el General ha estado leyendo y ha dejado señalado con su pligadera.

Termina de escribir una cuartilla y nos presta atención. Antes que él nos dirija la palabra, nosotros le decimos:

—Hemos tenido conocimiento, General, que Ud. se disponía a publicar una rectificación a nuestra entrevista hecha al General del Canto, aparecida en el número de "Pacífico Magazine", correspondiente al mes de enero. Descamamos ahorrarle esa molestia, pues está dentro de nuestros propósitos y en nuestro plan de trabajo evitar cuantas molestias puedan imponerles a nuestros entrevistados dichas publicaciones. Aquí nos tiene Ud., pues, prontos para dar a la estampa en las mismas



columnas de "Pacífico Magazine" cuantas palabras crea Ud. que son necesarias. Si Ud. ha sido aludido en una publicación ocasionada por nosotros, ¿quién mejor que nosotros podrá recoger cuanto diga relación con ella?

Aprueba el General con una leve inclinación de cabeza cuanto hemos dicho y, luego, nos ofrece asiento cerca de su mesa de trabajo.

Cavila un instante y nos dice en seguida, con voz firme:

—En el reportaje que Ud. me hizo y que publicó en el mes de marzo de 1916 en "Pacífico Magazine" y en el que Ud. acaba de hacer al señor General del Canto y que aparece publicado en el mes de enero de 1917,

aparecen contradicciones que no puedo dejar pasar sin justificar. Dice el General del Canto que el batallón Chacabuco, mientras se efectuaba el ataque de Concepción, alojó en San Jerónimo, a medio camino entre Guancayo y Concepción y que su comandante, el Teniente-coronel don Marcial Pinto Agüero destacó una compañía, cuyo capitán se detuvo a veinte cuadras de esa población, desde donde se sentía el tiroteo de la compañía del capitán Ignacio Carrera. Pues bien, es completamente falso que el Chacabuco se moviera el día 9 de julio de 1882, de Guancayo, a San Jerónimo. Y, por el contrario permaneció en el primero de los puntos indicados por expresa resolución del entonces

coronel del Canto y a pesar de la insistencia de Marcial Pinto, que quería reforzar el destacamento en Concepción y que sólo desistió de su empeño cuando el correo llegaba a las 4 de la tarde a Guancayo, trayendo la noticia de que no había novedad en la plaza de Concepción. Como comprobante de este aserto tiene Ud.: 1.º, el parte oficial del mismo coronel del Canto que no dice una palabra de haber tomado semejantes medidas; 2.º, el parte oficial del comandante Pinto Agüero, que tampoco consigna una sola palabra que pudiera dar margen a creer que se había tratado de reforzar el destacamento de Concepción; 3.º, la interesantísima correspondencia enviada a "El Mercurio" por Eloy Cabiedes, en que cuenta con toda minuciosidad las operaciones de la división de del Canto, las angustias y las preocupaciones que asaltaban a todos en Guancayo el día 9 por la mañana, cuando se efectuó el golpe contra Zapallanza, lo que permitía presumir que el anunciado ataque a Concepción sería efectivo.

Bruscamente interrumpimos al General, para decirle:

—General, tiene Ud. en algún volumen, o recortada de "El Mercurio", la aludida correspondencia de Cabiedes?

Inmediatamente él busca en un estante un libro; lo hojea luego, y nos lo alarga, indicándonos una de sus páginas:

Leemos nosotros entonces en voz alta: "La división regresaba poco después a Huanayo; pero en lugar de continuar la marcha a La Concepción, de donde hasta esa hora, (las 2 P. M.) no se había recibido noticia alguna, permaneció en aquel punto y allí decidió el coronel del Canto pasar la noche del 9. Mientras tanto, muchos, sobre todo los soldados, oficiales y jefes del Chacabuco, abrigan los más fundados temores por la suerte de aquella abandonada compañía, juzgando muy probable que el enemigo la atacase y destrozase por completo... Tras aquella larga demora, causada por el ataque de las montoneras, hubiera sido de suponer que el mismo día 9 en la tarde se pusiera la división en marcha sobre el pueblo de Concepción, en donde se hallaba la compañía del Chacabuco, de que ya hemos dado noticia. No se movió, sin embargo, durante el día y ni aún durante la noche. Más todavía: aunque se había anunciado la partida para antes del toque de diana, y aunque desde las 2 A. M. estaban listos algunos cuerpos para emprender la marcha, sólo a las 8 A. M. del día siguiente, 10, principió el desfile de las tropas para dirigirse a Concepción. Formaban la primera descubierta de nuestras fuerzas los escasos restos de dos compañías del Chacabuco, mandadas por el capitán de la 2.ª, don Jorge Boonen y a ésta seguía una segunda descubierta o avanzada, formada también por algunos hombres del Lautaro, al mando del capitán Correa. Estas descubiertas tenían orden de llegar hasta el lugarejo de San Jerónimo, situado entre Guancayo y

Concepción, siguiendo por la cumbre de una cuchilla de cerros que dominan el camino. El pueblecillo de San Jerónimo dista de Guancayo unas cuatro leguas y se halla a la vista de Concepción y sólo a una legua de distancia de esta ciudad. El total de la fuerza que mandaba el capitán Correa ascendía sólo a 19 hombres, y la del capitán Boonen a 20, formando entre ambas un total de 39. Naturalmente, Boonen, que temía como todos por la suerte de sus compañeros, y con mayor razón que los demás, por pertenecer al mismo cuerpo, hizo la marcha con toda celeridad, a fin de tener lo más pronto posible noticias de ellos. En cuanto llegó a las puertas de Concepción, viendo que nada podía descubrir desde allí, sino una siniestra humareda que se levantaba desde la plaga del pueblo, se sintió presa de los más graves temores, sobre todo al notar el extraño silencio y falta de gente por los alrededores de la ciudad. No pudiendo resistir a la ansiedad que le dominaba, tomó cuatro hombres de su tropa y con ellos se adelantó a reconocer el pueblo. Marchando con precaución, llegó hasta cerca de las primeras calles, en un punto donde concluyen los ranchos diseminados y principia el empedrado. Hasta ese momento había ya notado algunas circunstancias extraordinarias y, entre otras, llamaba su atención la humareda que se levantaba de la plaza, la falta de gente en los ranchos y en las calles, y el no venir a encontrarlo ningún soldado chileno. Por esta causa, sus temores aumentaron y se detuvo allí con el objeto de hacer indagaciones y de no aventurarse imprudentemente en una emboscada. A los pocos instantes, notando, sin duda, su vacilación, asomaron por una calle cercana algunos cholos. Uno de ellos traía un rifle, y los otros estaban armados de lanzas y garrotes. No manifestaron, sin embargo, intenciones hostiles, sino que, adelantando paso a paso, gritaban con voz melosa:—Entren, chilenitos, entren y dejen las armas. Mandan decir los de la compañía que vayan.—Aquello de dejar las armas era demasiado ingenuo para no dar lugar a la sospecha del capitán Boonen. Principió a interrogarlos, diciéndoles que se acercaran, pero los cholos rehusaban hacerlo. Por el contrario, viendo que el capitán chileno los llamaba, principiaron a alejarse. Poco después, desde uno de los potreros cercanos se hacía una descarga de fusilería sobre el capitán Boonen y sus cuatro soldados, y esto manifestaba claramente que la ciudad de Concepción se encontraba en poder del enemigo."

Narra luego, minuciosamente, el correspondiente de "El Mercurio" cómo el capitán Boonen y sus soldados volvieron a reunirse con las descubiertas del Chacabuco y del Lautaro y cómo, reunidos, hicieron frente a los peruanos, entrando poco después a La Concepción. "Los soldados del Chacabuco—escribe Cabiedes—fueron los primeros en penetrar a la ciudad, y a la cabeza de ellos, el capitán



Boonen. El fué también el primero que pudo llegar a la plaza y contemplar el horrible espectáculo que ofrecía aquel teatro de las más terribles escenas de heroísmo y sacrificio. Cesames en nuestra lectura y, entonces, el General nos dice:

—Todos estos documentos se hallan publicados en el tomo séptimo de Pascual Ahumada Moreno, donde Ud. va a comprobar la

efectividad de ellos. Ud. sabe que las correspondencias de Eloy Cabiedes llaman la atención por la exactitud y que ninguno de los jefes ha podido rectificar nada en ellas, como no sean menudos detalles que carecen de toda importancia.

Cierra el volúmen de Ahumada Moreno el General y después busca en su carpeta de trabajo un papel. Es un extenso artículo de

diario. Lo deja sobre su mesa de trabajo y nos explica:

—En el brillante y sentido artículo publicado por el ex-capitán del Chacabuco, don Arturo Salcedo, el 9 de julio de 1889 y reproducido por "El Mercurio" el domingo 9 de julio de 1911, no hay una sola línea que pueda interpretarse en favor de la versión que da el General del Canto y, por el contrario, todo concuerda con la correspondencia del señor Eloy Cabiedes, con los partes oficiales conocidos y con la primera versión del combate, publicada en "La Situación" de Lima por el que suscribe.

Repasamos dicho artículo, y en la parte pertinente al entonces capitán Boonen, anotamos lo siguiente: "En la madrugada del 10 de julio la división llegaba a las inmediaciones del pueblo de La Concepción, donde se supo por uno de los naturales que la compañía del batallón Chacabuco, mandada por el teniente Ignacio Carrera Pinto, que cubría la guarnición de aquel lugar, había sido atacada el día antes y que el pueblo estaba ocupado por el enemigo. Esta noticia, recibida con la angustia en el alma, pues se presentaba el resultado de tal combate, fué desgraciadamente corroborada por uno de los ayudantes de la división (el infrascripto) que comunicaba que el fuego de fusilería con que había sido recibido por el enemigo desde las accidentadas lomas que ocupaba a la salida del pueblo, le había impedido entrar a él. Cúpole, entonces, al ilustrado capitán del Chacabuco, hoy teniente-coronel de ejército, don Jorge Boonen Rivera, recibir la orden de marchar inmediatamente con su compañía a despejar el paso del pueblo, batiendo al enemigo. Tal orden se cumplió en el acto por la compañía citada y tropa del batallón Lautaro."

Tan pronto hemos terminado de leer, el General comienza a decirnos:

—Es, pues, la relación que aparece en el último número de "Pacífico Magazine" completamente antojadiza y malignamente tendenciosa, pues con ella se pretende echar sombras sobre la memoria de Marcial Pinto y sobre mi humilde persona. En la relación dada por el capitán ayudante Salcedo, aparece la pequeña actuación que me cupo en ese combate, en términos que jamás he pretendido aplicarme a mí mismo. Los primeros en llegar a la plaza de La Concepción y de completar el cuadro del cuartel incendiado y de los muertos, fueron soldados del Chacabuco que llevaban a su cabeza al comandante señor Pinto Agüero, al capitán Salcedo y al que suscribe. Esto es cuanto se refiere al combate de La Concepción.

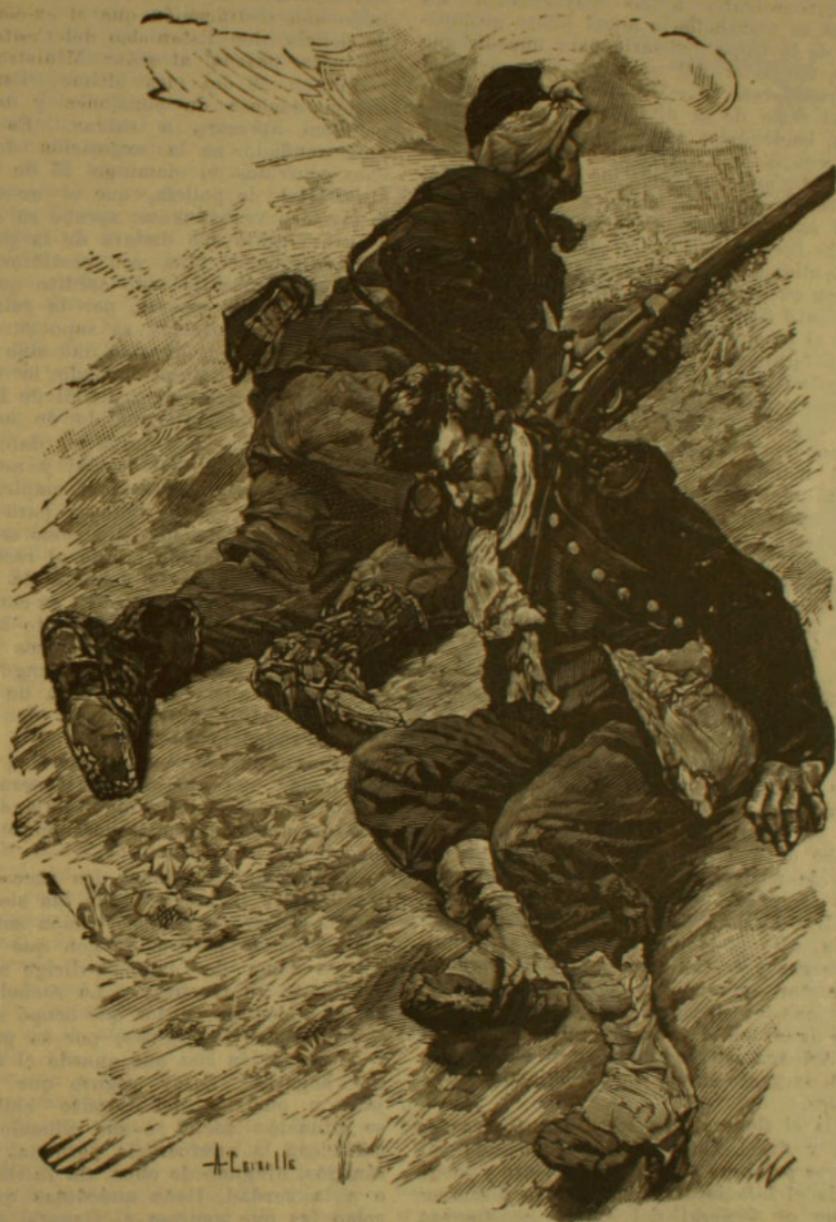
De pronto un oficial entra a la sala de trabajo del General. Le dice algunas palabras y luego se marcha.

El general reanuda el hilo de su palabra:

—Dice el General del Canto que, gracias a las falsas noticias dadas a don Patricio Lynch por un capitán que no nombra, se le quitó el mando de la división. Yo fui el capitán que llevé comunicaciones del mis-

mo Coronel del Canto de la Oroya a Caspaca y luego a Lima, primero al General Gana y luego a don Patricio Lynch de lo que había ocurrido en la plaza de La Concepción, y cómo esa guarnición había sido mantenida sin darle un solo soldado de caballería que pudiera llevar un parte, una noticia, cuando el comandante en jefe tenía a sus ordenes los dos brillantes regimientos de caballería que componían la división. Pero no fué en vista de mi versión por lo que se produjo la destitución del General del Canto, sino como puede Ud. verlo en las mismas comunicaciones fechadas el 14, 16, 17 y 18 de julio del señor del Canto al Cuartel General y que provocan la dura nota publicada en el tomo séptimo de Ahumada Moreno, página 213, en que el Almirante Lynch, con toda claridad, desvirtúa todas las excusas con que del Canto quiso cubrir la torpeza de sus operaciones. Ningún jefe de división recibió en el curso de la campaña tan dura reprensión como la que mereció del Almirante Lynch la conducta del coronel del Canto.

Buscamos en el volumen de Ahumada Moreno la página 213 y leemos la nota aludida, que firma don Patricio Lynch y que dice así: "Instrucciones al Coronel del Canto.—Nº 399.—Cuartel General del Ejército Expedicionario del Norte.—Lima, julio 21 de 1882.—Señor: Con esta fecha he dado al coronel del Canto las siguientes instrucciones: He recibido en esta fecha las comunicaciones de V. S. de 14, 17, 18 y 19 del presente en que me da cuenta de los combates librados entre los montoneros enemigos y los destacamentos que cubrían las guarniciones de Marcabaye, Concepción, Tarma-Tambo y Maco, como asimismo en que me participa su arribo a la Oroya con una gran parte de las fuerzas de la división que está a sus ordenes, y haber dispuesto desde luego la marcha de los 480 enfermos que lo acompañan y el envío de los otros 72, que por el estado de su gravedad debían hacer su viaje en camillas. No me ha sido posible darme cuenta cabal de los inconvenientes que hayan influido en el ánimo de V. S. para retardar por tantos días la concentración de sus fuerzas, ordenada a V. S. por este Cuartel General, al volverse al interior, después de su viaje a esta ciudad, siendo a mi juicio indudable que si ella se hubiera verificado en aquella fecha no habríamos tenido que lamentar la dolorosa pérdida de los 77 hombres que formaban el destacamento de Concepción, ni las bajas que el enemigo nos causó en Marcabaye. Tampoco he podido comprender su falta de municiones, pues conociendo V. S. el número de sus fuerzas y los elementos con que podía contar para hacer frente a cualquiera emergencia, ha debido solicitarlas con anticipación y no esperar el momento mismo en que debía necesitarlas. No ignoraba tampoco V. S. que todas las mulas de la conducción de equipajes se habían enviado antes al interior y que los elementos de movilidad que existían en esta ciudad para hacer el transporté de víveres y muni-



ciones, eran escasos; por consiguiente, esta misma consideración debió obrar en el ánimo de V. S. para hacer su pedido con más oportunidad. Con todo, y a pesar de los inconvenientes, ya con anticipación se había remitido a Chiela un número considerable de víveres y municiones para enviarlos a V. S. tan luego como se mandasen del interior los elementos de acatreo. Dada la escasez de fo-

rraje para las cabalgaduras, de víveres para la tropa y la falta absoluta de cuarteles y casas en que puedan abrigarse los diversos cuerpos de la división, V. S. debe proceder a replegarse inmediatamente sobre Chiela. Al efectuar V. S. este movimiento, debe someterse a las siguientes instrucciones: 1.ª. Cuando las fuerzas que manda el coronel Gutiérrez se hayan unido a las que V. S. tiene en la Oro-

ya, ordenará que las cajas y papeles diversos pertenecientes a las mayorías de los cuerpos se trasladan a aquel punto acompañadas de la tropa necesaria para impedir que caigan en poder del enemigo, que merodea los alrededores. 2.ª.—Distribuirá en seguida todo el resto de la división en dos grandes grupos, haciéndolos salir con uno o dos días de diferencia para impedir la mucha aglomeración de gente en Chila. 3.ª.—Tomará, además, todas aquellas medidas de prudencia que el caso aconseje, para que el retiro de nuestras fuerzas se haga en buen orden y en la comodidad posible, para que el soldado no tenga que sufrir mucho en la marcha. 4.ª.—Tan pronto como la última fuerza haya atravesado el puente de la Oroya, V. S. ordenará que sea totalmente destruido, a fin de que el enemigo no pueda aprovecharse de él en ningún caso; y 5.ª.—Luego que arribe toda la división a Chila, V. S. cuidará de darme el correspondiente aviso por telégrafo y entregar el mando al coronel don Martiniano Urriola, quien deberá esperar las órdenes que se le impartan acerca de la translación de los diversos cuerpos a esta ciudad. Por lo demás, confío en que V. S. se servirá comunicarme con la presteza posible cualquiera novedad que ocurra mientras se verifica el regreso de la división al punto indicado.”—Lo que tengo el honor de transcribir a V. S. para su conocimiento.—Dios guarde a V. S.—P. Lynch.—Al señor Ministro de la Guerra.—Santiago.

Apenas levantamos la vista de las páginas del libro, el General Boonen nos dice:

—Es completamente falso que el coronel del Canto se vindicara en seguida ante el ánimo del Almirante Lynch, como lo prueba el hecho de que no se le confió ninguna comisión de mediana importancia, y al terminar la campaña, por los informes del Almirante Lynch, del Canto, que había mandado división, sólo pudo obtener, después de muchos ruegos y trajines, el puesto de segundo sub-director agregado a la Escuela Militar, siendo que el director del establecimiento era su igual en graduación, el coronel don Luis Arteaga y el sub-director en propiedad el sargento-mayor don Benjamín Silva González.

Habla el General con serenidad. Su voz es entera y firme. Cuando ha pronunciado sus postreras palabras piensa un momento y luego reanuda el hilo interrumpido de su discurso:

—Que el General del Canto acostumbra presentar los hechos en forma que a él le conviene, pero que no guarda conformidad con la realidad, tiene Ud. la prueba en la dura nota con que el Intendente de la provincia de Santiago, don Prudencio Lazcano pidió con fecha de 29 de mayo de 1888 la separación del puesto de Prefecto de Policía de Santiago. A propósito de esa nota el General del Canto publicó un remitido que mereció del señor don Prudencio Lazcano la dura rectificación que aparece publicada en “El Ferrocarril” número 10.360 del 3 de julio

de 1888 y que dice: “Señores Editores de “El Ferrocarril”: En “El Ferrocarril” de hoy he leído una rectificación que el ex-comandante de policía, don Estanislao del Canto, hace a mi nota pasada al señor Ministro del Interior en 29 del mes último. Esta rectificación adolece de omisiones y de errores que me apresuro a salvar. Es efectivo que, confiado en la exposición de los hechos ocurridos el domingo 25 de mayo en el cuartel de policía, que el ex-comandante me hizo verbalmente, aprobé su conducta; no era posible que dudara de la palabra de ese funcionario. Mas con posterioridad, por personas dignas de todo crédito que habían presenciado los sucesos, por la relación publicada en los diarios, se supo en la Intendencia que no habían sido uno sino cinco los detenidos que habían burlado la vigilancia de la policía, vigilancia difícil de burlar sin su complacencia. Persuadido de esta falta, retiré mi confianza a quien me daba motivos poderosos para no merecerla; y no creí necesario, en nuestra entrevista, emplear respecto de él expresiones odiosas para manifestarle mi desaprobación. Así como se deja entender que ha habido olvido al recordar que fué uno y no cinco el número de detenidos que burlaron la vigilancia del ex-comandante, me inclino a creer que otro tanto haya sucedido respecto de las instrucciones terminantes que le di. Por lo demás, tengo la satisfacción de haber cumplido con un duro deber público.”—Santiago a 2 de junio de 1888.—Prudencio Lazcano.

Termino de leer estas líneas y, antes de pronunciar una palabra, el General Boonen repasa en su memoria algún lejano recuerdo y, de pronto, sonríe maliciosamente. Nos dice con sorna:

—Antes de abandonar los sucesos ocurridos durante la campaña de las sierras, permítame hacerle una observación sobre el famoso billetito perfumado con que la aristocrática dama de Lima se dirige al coronel del Canto en Guancayo. La sociedad peruana, en todos los puntos que ocupó el ejército chileno, supo distinguirse por su patriotismo y la corrección con que guardó el respeto de sus hogares. Estoy seguro que todos los jefes y oficiales del ejército chileno, por su situación social o sus vínculos de familia con la aristocracia peruana, atestiguarán que, ninguno de ellos, sin faltar al honor o a la verdad, tiene anécdotas que contar, como las que expresa el General del Canto. Sin duda, ese billetito que parecía copiado en “El Secretario de los Amantes”, por lo cursi de su redacción revela su origen, que no puede ser sino de alguna maritornes a quien bondadosamente el señor General quiere convertir en princesa, tal cual le ocurría al Ingeniero Hidalgo don Quijote de la Mancha.

Calla un instante. La pícaro llama irónica que incendiaba sus pupilas ha desaparecido. Con tono reposado comienza a hablar así:

—Volviendo a cosas mas serias, debo ha-

cerle presente a Ud. que, por los muchos incidentes que tuve con el General del Canto en Iquique, a propósito de la organización del Ejército Constitucional, se ahondó más y más el odio con que me ha distinguido el señor General, odio que, por otra parte, me tiene muy sin cuidado, pues lo estimo en lo que muy realmente vale.

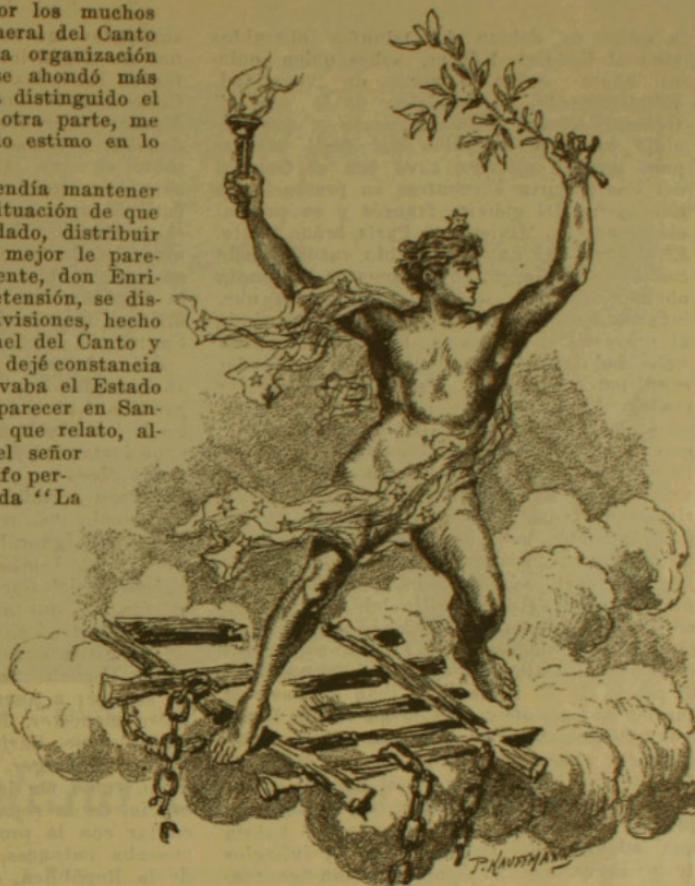
El coronel del Canto pretendía mantener al ejército constitucional en situación de que él pudiera, en un momento dado, distribuir sus fuerzas en la forma que mejor le pareciera, favoreciendo a su pariente, don Enrique del Canto. Contra esa pretensión, se distribuyó el ejército en tres divisiones, hecho que fué resistido por el coronel del Canto y del que, como era de mi deber, dejé constancia en el libro de Guerra que llevaba el Estado Mayor, libro que se hizo desaparecer en Santiago, pero que del incidente que relato, alcanzó a tener conocimiento el señor Hugo Kunz, que copió el párrafo pertinente en su obra denominada "La Guerra Civil en Chile", donde se halla publicado. Por esto, ese odio del coronel del Canto me hace ver por qué en la noche que precedió a la batalla de La Placilla no fuí llamado a la reunión de jefes y oficiales en que se dieron las instrucciones para el día siguiente a fin, sin duda, de proporcionarse la fácil venganza de impartir alguna orden que, aunque no fuera merecida, pudiera implicar un cargo al comandante del Atacama, tal cual ocurrió y que fué el punto de partida y la causal del duelo que más tarde tuve con el dicho coronel. En el parte oficial, como comandante del Atacama y en seguida como jefe de la segunda división, dejé constancia de que no había sido llamado a la indicada reunión.

Nosotros interrumpimos un instante al General para preguntarle:

—Respecto de la organización del ejército revolucionario...

No alcanzamos a formular entera la pregunta cuando nos responde:

—Fué, exclusivamente, a la acción del General Körner que se debieron los triunfos de la segunda parte de la campaña constitucional, así como los primeros habían sido debidos a la energía de la actitud del coronel don Adolfo Holley. En la campaña constitucional, cuando se pensó en expedicionar hacia el sur, julio de 1891, el coronel del Canto, lejos de proponer las operaciones hacia el centro, Valparaíso y Santiago, manifestó el deseo de no moverse de Iquique y sólo cuando tuvo noticias de que la operación se llevaría a cabo sin su concurso, y al mando del coronel don Adolfo Holley, de mala gana tomó parte en ella. Después de la batalla de



Concén el coronel del Canto quiso abandonar la prosecución de las operaciones sobre Valparaíso, que se llevaron a cabo debido sólo a la energía del actual Vice-almirante señor don Jorge Montt, quien, al tener conocimiento de la resistencia que tenía del Canto, pidió caballos para trasladarse al Cuartel General y tomar él el mando del ejército.

Abandona un momento el General la sala de trabajo; llama a un ayudante en la pieza contigua y, después de dar una orden, vuelve y reanuda sus recuerdos:

—Después, en Santiago, y a propósito de los ofrecimientos a la Presidencia de República y que otros se encargarán de rectificar, le ocurrió al General del Canto lo que al héroe de "Pequeñeces", según el Padre Coloma, quien había recibido de su real padrino Fernando VII la fama de inteligente, fama que el público aceptó sin otros títulos, y que las continuas majaderías, como dice el Padre Coloma, de Villamelón, dieron al traste con ella; y otro tanto ocurrió al señor coronel, quien, a fuerza de hablar y de ponerse en evidencia, concluyó por hacer ver a todos, y de poner bien en relieve que no era él

a quien se debían los triunfos obtenidos sino al General Körner, sobre quien quiere ahora cechar sombras de venalidad. Efectivamente, la comisión de la cual el General Körner formaba parte y que decidió sobre la adopción del fusil Mauser para nuestro ejército, tuvo con el General del Canto duros encuentros en presencia de altos jefes del ejército francés y en presencia de nuestro Ministro en París, señor Matte. El General del Canto se había entusiasmado con el fusil Marga, cuyo inventor pretendía obtener resultado de una doble carga que, inflamándose sucesivamente debía imprimir al proyectil en el ánima del fusil una gran velocidad inicial, que pudiera darle grandes condiciones balísticas. Ese fusil no habría conseguido ser tomado en serio por nadie, pues es materialmente imposible conseguir que la segunda carga al inflamarse, diera su impulso sobre el centro de gravedad del proyectil ya en movimiento y ocurría en la práctica lo que vemos a diario cuando un individuo va corriendo y que otro, a fin de ayudarlo le pone la mano en la espalda, y es que lejos de darle mayor impulso, lo hace caer al suelo; que el proyectil del fusil Marga adolecía de tales perturbaciones que lo constituían en verdadero mito. En cuanto al fusil ideado por el General del Canto y que, por el precio de 62 francos, lo iban a construir con los mejores elementos de los fusiles Beaumont Dautau, Manlicher, Mauser, etc., es una completa aberración, de la cual se reían todos los que intervenían en el asunto y que lejos de haber podido costar 62 francos debía ser el arma más cara, puesto que habría que adquirir de antemano los privilegios de los inventores. El General es tan ignorante en esta materia que ni siquiera sabe que un fusil y sus condiciones balísticas constituyen un todo homogéneo y que no es posible modificar un solo factor sin que los otros tengan también que sufrir la modificación consiguiente. El fusil a que el señor del Canto hubiera querido dar su nombre, habría resultado sin duda, por su extraño conjunto de cañón Mauser, cierre Manlicher, proyectil Marga, aparatos de puntería Daudetau, etc., la legendaria catábina de Ambrosio, que no vemos figurar en ninguno de los ejércitos modernos. Gracias al cielo con que Augusto Matte veló por los intereses de la República y gracias también al interés que tenía la fábrica Mauser de llevarse el contrato con Chile ya que con ello daba un golpe de muerte a su rival el Manlicher, interés que provenía de la circunstancia de que el Excmo señor Balmaceda había iniciado el armamento de la República con el Manlicher y que éste había hecho sus pruebas en los campos de Concón y de la Placilla en forma que abundantemente propalada en los diarios europeos y norte-americanos, había hecho

suspender las negociaciones que los gobiernos de Argentina, España, Brasil y Turquía tenían iniciadas con la Casa Mauser, pues si Chile abandonaba el Manlicher y tomaba el Mauser y después de haberlo tomado lo abandonaba, reconocía la superioridad del uno sobre el otro. Augusto Matte supo aprovechar esa circunstancia y por eso obtuvo el fusil Mauser con bayoneta y porta-fusil por el precio de 67 francos, precio que ningún otro Estado ha obtenido y que es un record en materia de armamentos. Para felicidad de la República no tuvo que intervenir en las últimas negociaciones el señor General del Canto.

Sobre la mesa de trabajo del General hay un ejemplar de "Pacífico Magazine" correspondiente al mes de enero del año en curso. Lo hojea rápidamente el General, se detiene unos instantes, luego lo arroja sobre la mesa y nos dice:

—Para terminar, debo decir que todo lo que relata con relación al desafío que tuve con él, lo ignoraba cuando estuvimos juntos en Europa. Jamás permití a nadie que se dirigiera a del Canto pidiéndole auxilios para mi familia, que no los necesitaba, pues tanto desde Chile mi suegra, doña Irene de la Fuente de Silva como mi querido e inolvidable primo Cornelio Saavedra se habían anticipado a poner a nuestra disposición todo lo que fuera menester. En Europa, amigos tan cordiales como Enrique Peña, Augusto Matte, Carlos Kirsinger, Körner, se habrían encargado, como me lo ofrecían, en caso de desgracia, de la repatriación de mi familia, sin contar con la protección oficial que me dispensaba entonces, sin límites, el Presidente de la República, don Jorge Montt y su Ministro don Santiago Aldunate, por lo cual mi amigo Emilio Orrego Luco, que entonces tenía a su cargo la Tesorería de Chile, puso a mi disposición los anticipos que fueran necesarios, sin fianza, anticipos que fueron debidamente cancelados, en la forma de costumbre, por el infrascrito. Por lo tanto, ese alarde de generosidad con que quiere revestirse el General del Canto, dando muestras de una caballerosidad y de un amor a pruebas, no fué solicitado directa ni indirectamente por mí.

Mediodía ardiente, abrasador. Suena el cañonazo de las doce cuando abandonamos la sala de trabajo del general Boonen Rivera. Un vivo escozor de inquietud han dejado en nuestro espíritu las palabras del general: sangra en ellas la amargura de sentirse herido en los momentos en que dedica sus energías al mejoramiento de nuestro ejército y al servicio de la república. Nosotros confiamos en que sus palabras contribuyan a esclarecer la verdad y no exciten el odio. El olvido y la piedad hacen la vida digna de ser vivida.

